

Las bandas reaccionarias que acaudillaba Márquez cayeron de improviso sobre esta capital, en donde contaba la reaccion con numerosos partidarios. Una columna de las de Márquez se abrió paso por la garita de San Cósme, y hubiera llegado hasta la plaza sin la oportuna resistencia que le presentó el coronel Diaz con algunas compañías de la brigada de Oaxaca. Marchó en seguida con ese grupo en la division de operaciones, que bajo el mando del general Gonzalez Ortega perseguia á Márquez. En Jalatlaco la division de Márquez, fuerte de tres mil hombres, acampó en el atrio de la iglesia y en la casa parroquial del pueblo. El grueso de las fuerzas del gobierno estaba aún distante de su vanguardia, que mandaba el intrépido coronel Diaz, y se componia del puñado con que habia arrojado al enemigo de la calzada de San Cósme. Márquez intentó burlar á Gonzalez Ortega; pero el coronel Diaz, con un arrojito inimitable, asaltó á Márquez en la oscuridad de la noche, le desalojó de sus posiciones, y le quitó no solo armas y bagajes, sino todo cuanto llevaba. Tan espléndida victoria sorprendió á todos sus compañeros de armas, y el general Gonzalez Ortega, al participarle al gobierno, pidió con instancia el ascenso de general para el vencedor, ascenso que obtuvo nuestro héroe.

El elemento reaccionario, que trabajaba con la esperanza de la intervencion francesa, tenia otro centro y otro jefe en la sierra de Querétaro: D. Tomás Mejía, á cuyo abrigo pudieron los dispersos de Jalatlaco encontrar su salvacion.

Con esos refuerzos, Márquez reunió otra division de igual número, y en Octubre invadió el valle de México, amenazando otra vez á esta capital; pero los generales D. Santiago Tapia y D. Porfirio Diaz decidieron en Pachuca la suerte de la nacion, destrozando una vez mas las fuerzas reaccionarias.

Aun no concluía el año de 1861, cuando un ejército español, precursor de otro frances y de una fuerza de marina inglesa que llegaron despues, invadió el territorio mexicano, ocupando el castillo de San Juan de Ulúa y la plaza de Veracruz.

Un porvenir de inmensas penalidades, pero tambien de gloria, se ofrecia á los buenos mexicanos, y el general Diaz que no satisfacía sus aspiraciones en la guerra civil, saludó con positivo placer á la nueva época de prueba.

Con la brigada de Oaxaca fué á ponerse al frente del invasor, y desde entonces ocupó la vanguardia de nuestro ejército. Tuvo con este motivo que entrar en relaciones con el general Prim, y ambos simpatizaron cordialmente.

Cuando el ejército frances, rompiendo los convenios de la Soledad marchó sobre Puebla, la brigada del general Diaz lo contuvo en Acultzingo hasta que el nuestro acabó de retirarse, é hizo de esa retirada un positivo triunfo.

Vino el memorable 5 de Mayo de 1862. El general Diaz atacó con la columna de su mando por uno de los flancos de los asaltantes, y arrollándolos decidió la victoria. El general Zaragoza, hizo de su com-

portamiento el mas cumplido elogio, y el jefe frances supo quiénes escribieron aquella fecha en la historia.

Nombrado despues gobernador y comandante militar del Estado de Veracruz, suplicó repetidamente al gobierno que lo exonerara de tal encargo y le permitiera volver al ejército de operaciones, lo que consiguió despues de mucha instancia.

Desembarazado de aquella magistratura, volvió al ejército y obtuvo el mando de una de las columnas de accion en el asalto dispuesto sobre Orizaba, que sin la sorpresa del cerro del Borrego, hubiera vinculado los nombres de Zaragoza y Diaz en otro 5 de Mayo.

Sabido es, que en el sitio de Puebla no hubo un combate en que el general Diaz no estuviera presente, con mando ó si él, por deber ó por gusto. Los cuarteles de Pitiminí, San Agustin y otros lugares fueron testigos de su inagotable iniciativa y personal arrojito. El trato que en momentos solemnes dispensó á los prisioneros franceses, fué caballerosamente correspondido á su vez por varios jefes del ejército invasor. Ocupada la plaza de Puebla por el ejército que mandaba Forey, el general Diaz fué uno de los que requeridos por aquel mariscal para que se mantuvieran neutrales durante la guerra, protestó por escrito, que jamas olvidaria los deberes de militar mexicano y que sabia cumplirlos, combatiendo sin descanso por la independenciam de México. La protesta fué remitida al gobierno federal y al mariscal Forey, publicándose en los periódicos del país.

Despues de este acto, que no podia dejar en duda sus propósitos, tomó el camino de México, donde le habia precedido la fama de sus hechos, por la parte que tomó en la jornada del 5 de Mayo, y por los repetidos y felices episodios del sitio de Puebla.

El Presidente deseó verlo, y se empeñó en que tomara el mando de las fuerzas que guarnecian la capital ó entrara á desempeñar el ministerio de guerra; pero el general Diaz, renunciando ambos honores, solo aceptó el mando de una division y con ella salió á observar los movimientos del enemigo. En la retirada de México evitó, con la energía que acostumbraba en tales casos, el desbandamiento de las fuerzas mexicanas, dando tales pruebas de valor, que consiguió dominar el desorden y reparar la moral. El gobierno insistió entonces en que tomara el mando en jefe del ejército, lo que solo aceptó despues de muchas instancias, y con la condicion de ser relevado pronto, porque temió que su juventud diera origen á celos importunos. Dedicado afanosamente á los trabajos de organizacion, llegó á formar en breve el ejército de operaciones, conteniendo con él por algunos meses los avances del ejército frances, haciendo conocer que léjos de estar concluida la cuestion militar, como decia Forey, se librarian nuevos y numerosos combates y que jamas la República se sometería á la dominacion extranjera.

El gobierno de la nacion, que residia en San Luis Potosí, habia dispuesto que el general Diaz marchara al Oriente de la República, ampliamente autorizado para atender á la administracion y defensa de aquellos Estados.

Marchó desde Querétaro en direccion á Oaxaca, con una fuerza de infantería y caballería que debia servirle de núcleo para la proyectada organizacion militar, burló la vigilancia de las columnas y destacamentos enemigos, tomó la fuerte plaza de Tasco, amenazó á Iguala, y á fines de Noviembre de 1863, se situó entre Puebla y Oaxaca, que debia ser el centro de sus operaciones.

Entretanto, Tabasco luchaba contra los invasores que ocupaban su capital; Chiapas estaba en poder de los imperialistas, capitaneados por el guatemalteco D. Juan Ortega y por el padre Chanona. Los leales solo conservaban el distrito de Tuxtla Gutierrez, que defendian heroicamente, y los pueblos de Veracruz se levantaban en contra de la guarnicion enemiga que ocupaba á Minatitlan; pero luego que el nombre del general Diaz resonó en Oriente, los pueblos se reanimaron y esperaron ser vigorosamente apoyados é inteligentemente dirigidos en tan terrible crisis.

Chiapas fué auxiliado y pacificado; los pueblos en Tabasco y Sotavento de Veracruz desalojaron á los invasores de sus posiciones: invadido despues y perdido Tlacotalpan, fué reconquistado por el oportuno auxilio que le envió el general Diaz. Por este tiempo ascendió á general de division.

En Julio de 1864 los Estados de Oriente quedaban perfectamente organizados de una manera militar y en aptitud de sostener dignamente la causa de la República.

El general Diaz disponia de una division de las tres armas, y como el ejército del interior habia sido fraccionado y destruido, el frances dirigió su atencion sobre Oaxaca. Decíase en México, y el mariscal Bazaine lo creyó, que el general Diaz habia improvisado un ejército de 10,000 hombres; y no se advertia que con los escasos elementos de Oaxaca, cuyas rentas en los mejores tiempos, no han pasado de 33,000 pesos mensuales, era imposible levantar y sostener una fuerza de ese número.

La verdad es que Chiapas, Tabasco y Sotavento de Veracruz tenian á lo mas 1,000 hombres, y que la division de operaciones que contaba 5,000 escasamente, era la única movable, porque las otras fuerzas, por su caracter y organizacion y por las necesidades del servicio, no podian separarse de sus Estados.

Entre los adelantos que tuvo la causa en aquella época, hay que fijarse en la organizacion de los elementos de resistencia en el Nordes-

te de Puebla y Barlovento de Veracruz, que contando la direccion y ejemplo del comandante en jefe del ejército de Oriente, se prepararon para el combate y sostuvieron despues honrosamente la causa nacional.

La simple noticia de que se habia organizado y se sostenia en el Estado de Oaxaca una fuerza de 5,000 hombres admiraba á los imperialistas y con razon, porque ya conocian la estadística del país y se preguntaban naturalmente, ¿con qué armas, con qué recursos, con qué elementos cuenta ese hombre extraordinario, burlando nuestra vigilancia é improvisando un ejército?... ..

Ese es el secreto de los hombres que, como el general Diaz, reunen á la instruccion, al valor y dotes militares, el tino de un hombre de Estado y los conocimientos de un administrador poco comun, verdaderamente notable.

\*  
\* \*

Aquí vamos á ver al antiguo comandante y jefe político de Ixtlan, en la actualidad general de division, no ya gobernando simplemente un distrito, sino varios Estados importantes de la Confederacion mexicana: investido de facultades amplísimas, no hace uso de ellas sino para lo muy preciso, y le vemos empeñado en que la administracion pública gire sobre sus ejes comunes y naturales, siendo la justicia la que impera en los pueblos que rige el jóven general y la ley la única norma de sus procedimientos.

Desde 1864, los Estados de Veracruz, Puebla, Oaxaca, Chiapas y Tabasco, saben que el general Diaz, mas que por su valor indómito y su genio militar, es digno de admiracion por su tacto político y financiero.

En el mes de Agosto de ese año, una columna francesa avanzó sobre Huajuapam y otra sobre Teotitlan, poblaciones limítrofes del Estado de Oaxaca con el de Puebla; entónces el general Diaz salió en el acto contra el invasor; disponiendo que mientras la mayor parte de sus fuerzas aparecieran en Huajuapam, una columna ligera tomara sobre uno de los flancos del enemigo que acampaba en Nanahuatipam. La combinacion se frustró por la falta de vigor con que se sostuvo el combate en Ayotla y la prontitud con que se retiró el jefe de la fuerza mexicana.

Esta desgracia ocasionó al ejército de Oriente 100 muertos y 500 dispersos, y la irreparable pérdida por aquellos momentos, de 600 fusiles. Aun peor influencia tuvo todavia el acontecimiento de que hablamos, sobre las fuerzas que mandaba el general Diaz, pues habiendo observado estas que las armas y municiones del enemigo eran superiores á las suyas, decayó su ánimo.

Las dos columnas francesas se unieron en Nochixtlan, á veinte leguas de Oaxaca, y el general Diaz tuvo que replegar su infantería, dejando solamente la caballería en observacion de los movimientos de

los invasores y con órdenes expresas de hacer cuanto fuera posible por destrozarse sus avanzadas.

El general Diaz tenia, desde entónces, la conviccion de que sus elementos eran con mucho inferiores á los de sus contrarios, y que desmoralizada su tropa le seria imposible mantener el terreno en una batalla campal.

Los recursos de Oaxaca se habian agotado, y bien á su pesar tenia que ocurrir á impuestos extraordinarios para poder dar solamente rancho á la tropa. La division de operaciones que mandaba nuestro héroe, habia quedado reducida á 900 caballos, 3,000 infantes y 200 artilleros; la falta de recursos aumentaba por la pérdida de algunas poblaciones del Estado, y la desercion cundia.

Entretanto, el general Courtois d'Hurbal avanzó sobre el valle de Oaxaca con una division de 7,000 hombres; y despues de un combate de avanzada, en que perdió 40 de sus mejores dragones, tomó posiciones en Etna, á doce millas de Oaxaca, el dia 18 de Diciembre del citado año.

Desde esa fecha hasta el 8 de Enero de 1865, el ejército frances continuó recibiendo refuerzos é hizo algunos reconocimientos sobre la plaza, cambiando algunos disparos con las avanzadas mexicanas. Sus convoyes estaban tendidos en un camino de ochenta leguas, y el mariscal Bazaine marchaba para auxiliar á Courtois d'Hurbal con nuevos refuerzos y un tren enorme de artillería, como si se tratara de sitiar una plaza de primer órden.

En estos momentos supremos el general Diaz lanzó la brigada de caballería sobre la retaguardia de la division Courtois d'Hurbal, con órden de recorrer el camino que traian los convoyes y refuerzos del enemigo, destruir los que pudiera, librar combates en donde fuera ventajoso, esquivarlos siempre que sus resultados no fuesen seguros, reunir otras partidas de caballería que habia al Sur de Puebla, y regresar precisamente en el término de treinta dias, hubiese ó no practicado las operaciones que se le encomendaban. El general Diaz creia con fundamento que si la operacion se practicaba felizmente, el mariscal Bazaine no habria podido afrontar el sitio por falta de municiones de artillería; que nuestra fuerza, reanimada con cualquier suceso, hubiera sido capaz de batirse en campo raso, y que si la operacion no surtía efecto, con tal de que la caballería regresase, la guarnicion hubiera podido con su apoyo salir de la plaza y continuar la guerra de otra manera.

Mas no es la disciplina ni el exacto cumplimiento de las órdenes superiores una virtud de los ciudadanos que se improvisan militares para la defensa de la patria; cada uno cree poder hacerlo todo por su propia inspiracion, sin cuidarse del plan general de operaciones, ni de

las fatales consecuencias del desconcierto. La brigada de caballería, en vez de pasar sobre un flanco del enemigo y tomar su retaguardia en la misma noche, como se le tenia mandado, comenzó por describir sobre su izquierda una curva inútil, dando tiempo para que, reveladas sus miras, los franceses lograsen frustrarlas. Tomó al principio el camino proyectado y fué á atacar innecesariamente la villa de Huajuapam, dando por resultado que tuviera que fraccionarse en varios grupos cerca de Tehuacan. El vestuario, caballada y sostenimiento de esa brigada habia costado inmensos sacrificios al general Diaz, quien se propuso desde el principio de la guerra utilizar esa arma contra los enemigos para no dejarles pasar sus trenes y municiones, ó entorpecerles por lo menos su transporte en los desfiladeros del trayecto que tenia que seguir; pero la dispersion de la caballería vino á defraudar esas ilusiones y á proporcionar al mariscal Bazaine el triunfo de Oaxaca. En vez de regresar en número de mil y quinientos caballos que esperaba el general Diaz, solo lo hicieron menos de doscientos, que mandaba el coronel D. Félix Diaz y el teniente coronel Cacho. Estos jefes no pudieron hacer nada de provecho por el mal estado de la caballada y superioridad numérica del enemigo en la misma arma.

En aquellos momentos el mariscal Bazaine y el general d'Hurbal, con un ejército de 10 ó 12,000 hombres, gruesa artillería, abundantes municiones y pingües recursos de todas clases, habian rodeado la plaza con un círculo de bayonetas y bocas de fuego, situando sus cañones á una distancia á que los nuestros, inferiores en calibre y calidad, no podian alcanzar. Esta diferencia hacia necesarias salidas en que el sitiador no mantenía el terreno, pero que volvia á ocupar luego que se replegaban los sitiados, hasta que lograba construir algunas obras. El general Diaz se multiplicaba en las operaciones, y admiraba con la prontitud y acierto de sus órdenes; pero el pavor y la desmoralizacion crecian, y cuando ya no era posible evitar el mal, se supo el desbandamiento de la caballería, y que no habia esperanza posible de su apoyo para romper el sitio. Otra fuerza de Tehuantepec, que venia en auxilio de la guarnicion, se habia sublevado por la deslealtad de su comandante Remigio Toledo, antiguo reaccionario de aquel rumbo. Despues de un mes de sitio y veintitres dias de bombardeo y cañoneo sobre la ciudad de Oaxaca, la desercion, que comenzó á ser de cinco á seis hombres diariamente, ascendió hasta el caso de que dos compañías del primer batallon de Sinaloa, conducidas por sus oficiales, se fugaran de las posiciones que defendian por no sufrir mas los fuegos del enemigo que se ponía fuera del alcance de los de la plaza.

Este último suceso tuvo lugar en la tarde del 8 de Febrero de 1865. El general Diaz, que como hemos dicho, no descansaba un momento, y que habia comprendido la situacion, tenia en la bolsa de su levita las exposiciones de los comandantes de las líneas de defensa, en que le manifestaban que no respondian de la seguridad de los puntos confiados á su custodia, porque su tropa se habia minorado en mas de una tercera parte, y era incapaz de resistir si el enemigo disponia el asalto; llamó entónces á los jefes de brigada, coronel Angulo y generales